

La conquista de nuestra identidad

LILIANA REGINA MIZRAHI*

"Si me confirmo, y me considero verdadera estaré perdida, porque no sabré donde engastar mi nuevo modo de ser".

CLARICE LISPECTOR

I. LA MUJER: SU ASPIRACION AL SOMETIMIENTO

La identidad femenina está constituida socialmente sobre convenciones culturales, tradiciones normativas, mandatos ancestrales, que le dejan a la mujer poco margen para poder parecerse a sí misma, elegirse, recrearse, darse a luz.

Se ofrece y se exige aceptar un modelo armado culturalmente, al cual la mujer adhiere quedando ajena e ignorante de las raíces profundas de su mismidad. Ingenua cómplice, entrampada en pactos de no crecimiento. Acomodarse a ese modelo ofrece el beneficio de una cierta ilusión de seguridad. Se trata de escenas ficticias en las que las mujeres quedan cristalizadas en el tiempo.

El sometimiento sirve para sostener sistemas autoritarios

El sometimiento es un modo atávico, mecánico, no crítico de responder a normas ancestrales. Normas que nos remiten a estructu-

* Argentina. Psicóloga social. Investigadora de la problemática femenina. Ensayista y escritora.

ras sociales, históricas, políticas y religiosas, que en tanto sirven de referencia, dan pertenencia. Y en tanto dan pertenencia, otorgan identidad. Prótesis de identidad, implantada, enajenada en sus mismos orígenes, pero identidad, al fin.

El sometimiento en la mujer es una pauta de educación interiorizada que la determina como ser oprimido. Todo lo que en ella aspira al sometimiento, la convierte en sostenedora de un sistema que la secundariza y la denigra.

La mujer está condicionada por la cultura, por la educación y también por la "fuerza de la costumbre", a asumir responsablemente tareas que son consideradas como "parte de su naturaleza": el marido, los hijos, la casa, los ancianos de su familia, además de trabajar afuera para ayudar al sostén económico de todos ellos. Se la ubica marginalmente en la escena política y se restringe su crecimiento intelectual y creativo.

Creo que la cuestión es que la mujer logre sensibilizarse en lo que hace a profundizar su conciencia social de la opresión y el avasallamiento al que es sometida. Y en tanto no forje desde esa conciencia sus propias armas de lucha, su proceso de liberación se verá restringido.

La no conciencia de la opresión convierte al sometimiento en protagonista de una vida estéril en procesos de cambio.

Entiendo la vocación por el sometimiento como una respuesta a señuelos ideológicos de seguridad y pertenencia que demoran los encuentros verdaderos. El miedo a perder consenso social, el temor a ser marginada, impulsan a la mujer a ser cómplice de sistemas autoritarios.

Se da la siguiente paradoja: la mujer está culturalmente condenada a la marginación. Marginación de la cual muchas veces no es consciente ni reconoce como tal. Está marginada y teme que se la excluya de la misma segregación a la que ya es sometida.

El significado que implica el sometimiento no es en general cuestionado por las mujeres. Mandatos ancestrales como la sumisión, el silencio y la obediencia, son parte insensible de la cotidianidad femenina.

Buscar, recorrer, explorar la interioridad significa un proceso autoafirmativo de conocimiento de una misma que funda el compromiso y la responsabilidad hacia el propio renacimiento.

A veces, ser una misma es un riesgo, en tanto se cuestiona la transparencia ficticia de esas mismas estructuras ilusorias.

La búsqueda y el encuentro

La búsqueda de sí misma en la mujer significa la transgresión de pautas ancestrales que son referentes de identidad. Esto implica la conmoción de estructuras fundantes de la personalidad. En esta movilización la mujer pasa por sucesivas crisis. Crisis que en tanto son leídas como expresión de fecundidad y se convierten en tarea de reflexión crítica anuncian la apertura transformadora de la mujer.

No hay auténtica identidad sin crisis y sin rupturas. La búsqueda deberá multiplicarse. El encuentro será, a su vez, despedida. El renacimiento implicará un duelo.

La búsqueda de una misma requiere un tiempo y un espacio de diálogo consigo y con otros mujeres. En la escala de valores que se inculca a la mujer, el ser para otros, tiene siempre prioridad sobre el derecho a la disponibilidad para sí.

Este recorrido, a la vez que individual e íntimo, es social y político. Saber que lo individual es político cambia nuestro lugar en el conocimiento de nosotras mismas. Se universaliza una conflictiva que en general es sentida y vivida como "única".

Cada mujer es una metáfora singular de la problemática de su propio género.

El conocimiento y la comprensión crítica de las variables de distinta índole que influyen, condicionan y determinan el ser mujer enriquecen nuestra concepción del mundo y del lugar histórico que la mujer ocupa en él.

El sometimiento no reflexivo a pautas atávicas implica quedar detenida en la negación. Ante la conciencia de la verdadera identidad enajenada, se trata de elegir.

El encuentro consigo es el resultado de una búsqueda que implica una concepción de la libertad, a través de la cual la mujer determina y construye su vida.

Buscar, recorrer, explorar, desencontrarse para seguir buscándose son modos de ser protagonistas de nuestra contemporaneidad. La mujer que asume su condición de sujeto crítico, abandona la retaguardia de la existencia y toma conciencia de su inserción en el tiempo.

Sin embargo el encuentro es evitado. A veces, la búsqueda es pervertida. En tanto es reveladora de instancias dolorosas que expresan nuestra pequeñez como seres humanos. En tanto pone de manifiesto los límites, la orfandad, la mediocridad cotidiana.

Se demora el encuentro con aquello que es vivido como fisura o carencia. Y también con todo lo que hay de potencialidades no asumidas, talentos no desarrollados, deseos no resueltos, promesas incumplidas. Asumir la propia riqueza también asusta.

La búsqueda de sí misma supone el encuentro con la dependencia, ese aspecto casi constitutivo de la naturaleza femenina.

Las convenciones sociales hacen suponer que una mujer para ser considerada femenina, debe ser sumisa, no cuestionadora y dependiente. En síntesis, no reflexiva ni crítica. Lo mejor es que no piense. Nadie necesita que lo haga. A veces, ni ella misma.

El recorrido crítico de la mismidad, coloca forzosamente a la mujer en la posición de discriminar e inteligir. Lugar que amenaza la transparencia ficticia de algunas construcciones en las que las mujeres se entrampan para sostener su dependencia y su pasividad.

Muchas veces, "la ilusión de tener", gana sobre "el coraje de ser". La cultura remite permanentemente a la mujer hacia lugares sociales de enajenación. Todo indica que la mujer debe quedar lo más ajena posible a ella misma.

Para buscarse se requiere el coraje de perderse. Y perderse significa ir encontrándose, como proceso y como tarea. Y a veces, ni siquiera saber qué hacer con lo que se encuentra. El mayor miedo, es muchas veces en relación a ser ella.

En general la mujer elige quedar ajena, divorciada, escindida de sí. Se disocia como modo de sostener su lugar social. El divorcio social, la transgresión de pautas culturales convencionales que pueden significar una segregación dentro de la marginación a la que ya es confinada, es vivida como apocalíptico. Esta vivencia tiene que ver con el sentimiento de pérdida de identidad, de carencia de un lugar social reconocido.

Crecer es un riesgo. Postergarse también.

Evitar el encuentro consigo, es una restricción que congela y empobrece. Se trata de evitar lo desamparado o lo fecundo, es siempre una restricción. El reconocimiento multiplica los significados de lo que se va encontrando en el proceso de búsqueda. Se forjan las condiciones y los instrumentos que permitan salir de la dependencia. Se realizan síntesis provisionales acerca de sí misma, que son la base de una identidad en proceso de cambio. El equilibrio es inestable. La mujer se convierte así en transformadora de su propia historia. Comienza a ser dueña de su tiempo y de su espacio.

Evitar hacer consciente la conflictiva que implica la condición de dependiente en la mujer es un modo de escotomizar un aspecto fundamental de la identidad femenina.

Muchas veces, el cuerpo se convierte en escenario de resolución fallida y dolorosa de una dependencia que no puede ser metabolizada crítica y reflexivamente. Se estructuran verdaderos cuadros orgánicos, que expresan una interioridad en conflicto y que pugna por expresarse.

La depresión, enfermedad de este siglo, es muchas veces la expresión de la tristeza por la pérdida del deseo de forjarse como persona.

Otro modo, socialmente aceptado pero parcialmente exitoso, de resolver la dependencia es crear estructuras gestantes para el crecimiento de los otros. No de una misma. Se ayuda a dar a luz al marido, a los hijos y de ese modo se desvía el compromiso con el propio crecimiento. Se deposita en los otros las expectativas que la mujer no se atreve a asumir como protagonista. Se ratifica como "ser para otros". Se instala en "vínculos vicariantes", un modo de ser a través de los otros. Queda cristalizada pero tiene consenso social.

El sometimiento es un modo de detener el tiempo. En ese estilo de vida, la finitud no existe.

"Si tengo coraje, me dejaré seguir perdida. Pero tengo miedo de lo nuevo y tengo miedo de vivir lo que no entiendo. Quiero tener siempre la garantía de por lo menos estar pensando que entiendo".

"No sé entregarme a la desorientación"

"¿Cómo se explica que mi mayor miedo sea, ser"?

(Clarice Lispector)

II LA CREACION DE SI MISMA: UN ESTILO DE VIDA

"Lo importante no es encontrarse sino volver a perderse".

NIETZSCHE

¿De qué se trata la creación de sí misma como un estilo de vida?

Quizás, de asumir el riesgo y la responsabilidad de jugar alternativas. Acceder a cambios. Sostener el proceso de transformación. Crear un devenir diferente en la propia temporalidad. Advertir que el espacio puede adquirir dimensiones distintas, que serán las que alcancen nuestra capacidad de arriesgarnos a ser libres. Se trata de las alternativas que cada una ayude a concertar en su propia vida y la responsabilidad con que las asuma.

La propuesta es ser militantes de una vida creativa, como tarea y como alternativa cotidiana. La mujer que convierte su propia vida, en un proceso de creación de sí misma trasciende su soledad existencial. Va forjando sus propias armas de lucha. Recrea en una acción de amor sus vínculos más deslumbrantes, Rompe con las membranas que otros y ella misma tejieron para aislarla, y sentada frente a sí, se mira y se interroga.

Aquella que se pierde y se reconquista. La que va comprendiendo que "se es tiempo".

La propuesta es: "Un modo de ser en el mundo". Convertirse en el propio artífice a través de la búsqueda. Esa búsqueda casi constante, por momentos rigurosa, cansadora, asombrosa, impregna de significados multiplicadores, cada gesto de la vida.

Se trata de la "creación de uno mismo". Un ir haciéndose constantemente. Sólo así puedo pensar en el hombre y en la mujer de hoy, como un "ser lanzado a la aventura de construirse". El ser proyecto.

Aquel que deja de estar atrapado y a merced de las circunstancias para pasar a la escena de pensar críticamente en lo que se estaba atrapado y a merced: el ser crítico.

La previsibilidad y el asombro

La costumbre y la esperanza

Como creo que tienen que ver con el proceso de creación, quiero explorar y profundizar en dos instancias primeras y paradójicas de la vida: la costumbre y la esperanza.

Nos debatimos incesantemente entre una y otra. La costumbre nos permite crear y establecer normas que gobiernen nuestra vida. El asombro nos permite reencontrarnos con nosotros mismos en el misterioso camino de la aventura. Si viviéramos en un estado de imprevisibilidad absoluta volveríamos a la barbarie. Si viviéramos en un estado de previsibilidad absoluta desapareceríamos como especie.

No somos solamente nuestras costumbres. Somos traicionados de día por los actos fallidos y por los lapsus, por la imaginación y el deseo, y de noche, por los sueños. Traiciones de nuestro propio ser que atenta contra la transparencia ilusoria de los significados.

Nos abrimos ante nuestra propia creatividad cuando alcanzamos la conciencia que somos ambas instancias. Somos costumbre y somos esperanza. Nuestra propia creatividad, se enriquece cuando podemos reflexionar críticamente sobre estas alternativas paradójicas de la vida. Cuando dejamos de estar a merced de ellas y podemos mirarlas críticamente. Cuando logramos tejer una alianza tal entre la costumbre y la esperanza, la previsibilidad y el asombro, ésta nos permite construir nuestra identidad inserta en el proceso del tiempo.

El riesgo existe. Es un rasgo inevitable de la vida. Pero el riesgo no se corre solamente ante lo desconocido, lo imprevisible, estamos expuestos permanentemente a ese tipo de amenaza. El riesgo de

lo imprevisible es parte constitutiva de la vida. El riesgo existe también cuando se está por caer o ya se está atrapado en manos de lo conocido solamente.

Riesgosa es toda posición humana que rompe con la bilateralidad de la existencia. Cuando se rompe ese equilibrio dinámico entre ambas instancias, sepamos que corremos riesgo.

Somos los únicos seres de la naturaleza que estamos llamados a sabernos como misterio. Sin duda aceptarnos como misterio es una experiencia difícil de definir. Quisiera poder profundizar este concepto desde el ángulo de lo imprevisible.

Cuando la omnipotencia del individuo es muy alta la conciencia de la existencia del azar es menor. Creemos que podemos tener todo bajo control. Cuando la conciencia de la imprevisibilidad es mayor, uno se siente y se sabe más expuesto a circunstancias azarosas. Nuestra propia sensibilidad nos permite reconocernos como seres abiertos al vaivén de vientos que no se pueden controlar. Ahí comienza a abrirse la dimensión en que uno debe saberse a sí mismo como misterio.

Esa conciencia que tiene que ver con la finitud, no implica desdén por el conocimiento, pero sí conciencia de los límites del saber. Asumir la conciencia de los límites que nos impone nuestra condición humana es un aspecto fundamental del proceso de creación de uno mismo. Convertirnos unilateralmente en seres esperanzados nos descalifica como sujetos de acción, como proyecto, como seres que se entienden a sí mismo como tarea

Nos cerramos a la experiencia del error y del fracaso. Es obvio creo, que entiendo la esperanza como un componente de la lucha y no como una excusa para evitar la tarea de trabajarse así mismo. Se trata de esperarnos trabajando y no de quedarnos esperándonos, como si creyéramos que el encuentro con nosotros mismos queda exclusivamente en manos del azar o de la naturaleza.

Esta aceptación de la esperanza es medular en mi propuesta de crear un vínculo laboral con uno mismo, con la propia identidad. Esta acepción de la esperanza tiene que ver con el compromiso activo en la creación de sí mismo. Compromiso que se renueva y se realimenta dialécticamente y nutre nuestra creatividad como

estilo de vida. Caer tanto en las garras de la esperanza, como en las de la costumbre exclusivamente nos hacen perder estabilidad.

¿Qué destino le doy al significado del riesgo en mi vida?

Me parece importante conocer de nosotros mismos qué destino le damos al significado de riesgo en nuestra vida. Según donde lo coloquemos puede significar destrucción o construcción. El riesgo no vivido como traumático, como disolución o como ruptura, está asociado a la aventura, y tiene que ver con la libertad.

Riesgosa para mí, es toda situación que comprometa el desarrollo de mi creatividad. Riesgo para otros es abrirse a lo nuevo. Podemos subestimar la imprevisibilidad del mundo en que nos movemos. Pero no podemos negarla.

Aceptar ese margen de riesgo que tiene vivir, nos coloca frente a frente con nuestra propia indefensión, como seres humanos.

La conciencia de nuestra condición humana es más dolorosa y más profunda. Somos en tránsito, en camino, lanzados hacia. Somos ante todo tarea.

Si nos tomamos como tarea podemos crearnos a nuestra propia imagen y semejanza. Parecernos a nosotros mismos. Nos descubrimos nos fundamos, nos habitamos, nos nombramos por primera vez.

Los espejos

Entiendo por espejo todo aquello que refleje y devuelva mi imagen. Se modifica el vínculo con el espejo convencional, aquel de la previsibilidad, el de la ilusión de perfección burocrática de nosotros mismos. Dejamos de reconocernos en una imagen estereotipada para volver a descubrir nuestros propios rasgos.

Descubro a través de mi mirada mi propia imagen eclipsada. Mi propia mirada usurpada por la caracterización rígida del otro.

El vínculo creativo con el espejo es aquel que nos permite verificar la transformación de aquellos contenidos previos que creíamos

cristalizados y clasificados. Se modifica la mirada cuando nos podemos comenzar a ver como tarea y no como obra acabada. Me descubro como proceso. ¿Cómo describir el asombro en el encuentro con mi propia mirada a través del espejo?

La creación no es un proceso continuo y directo. Se entra en etapas más convencionales. Es un proceso en espiral, oscilante. Esa circularidad va transformando su tiempo interno. Cambia de ritmo. Los tiempos continuos son más amplios y más profundos. Los tiempos convencionales cambian de valor.

La vocación por la previsibilidad tiene como correlato en el plano de la identidad, la presunción de creer que "se ha llegado", ya se es. Si ésto es así la realidad es que alguien que culminó, ha muerto.

Se nace y se muere más de una vez. La primera vez al menos a manos de la biología. Somos paridos por nuestra propia madre. Las otras veces somos paridos por nosotros mismos, nos extraemos de nuestra propia interioridad y nos damos a luz como seres lanzados hacia afuera, hacia más allá. Cuando uno se abandona a sí mismo como proyecto muere a manos de uno mismo. Creo importante en el proceso de creación de sí como estilo de vida asumir nuestra capacidad de renacer tantas veces como necesitemos hacerlo.

¿Qué relación tiene todo esto específicamente con la mujer?

Me parece importante plantear la creatividad desde diferentes planos. Desde el terreno biológico sexual femenino la mujer tiene hijos y no encara ese tener hijos como una tarea de creación, sino como un hecho natural. En tanto propio de la naturaleza. En tal caso, cría. Está preparada orgánicamente para tener hijos, entonces los tiene.

El tiempo de la creación consiste en transformar la legalidad biológica como un aspecto de la tarea de desarrollo y creación de nosotras mismas. Como un hecho que tiene que ver con la historia de la cultura. La que puede tener hijos no es una misma, esa que estamos creando y pariendo, la que puede tener hijos es la mujer biológicamente preparada para esa función. La mujer útero.

Si además de poder biológicamente tener hijos, se prepara, se capa-

cita creativamente, se despliega otro aspecto nuestro como proyecto. Para poder concebir a los hijos como otros, es necesario encararse a sí mismo como tarea. Para poder tolerar que luego el otro se encare a sí mismo como tarea. Para poder respetar el trabajo que el otro hace sobre sí mismo y su necesidad de privacidad. A través de los hijos se ejercita el don de la alteridad.

A partir del replanteo que la mujer haga del significado de su propia sexualidad van a ir apareciendo los diferentes niveles de su realización personal. Desde su relación con su propio cuerpo, el vínculo con los demás, con el hombre, con los hijos, consigo misma, con el tiempo, con la espiritualidad. Esa mujer se convierte, paso a paso, en un universo en expansión. Se reconoce como resultante de su propio trabajo fecundo y no de su esterilidad.

Una de las cuestiones es que esa mujer vive presionada porque tiene (o cree tener) poco tiempo para ser lo que debe ser, es decir: encantadora. Transcurrida la juventud la mujer parece que está destinada a pasar a un segundo plano. Porque pierde (o cree perder) los atributos que la convierten en un ser interesante: la juventud y la belleza.

Si logramos definir nosotras las mujeres, el significado cultural de nuestra propia sexualidad, nacerán con seguridad las diferentes posibilidades de que la creación espiritual en la mujer sea expresión de un proceso de liberación.

Estoy haciendo un paralelo entre el proceso de creación y el proceso de liberación. No se trata de que la creación por su proceso y sus contenidos tenga rasgos femeninos, o aluda a la femineidad. Sino porque la creación traduce la capacidad de liberación femenina. Ambos el proceso de creación y el proceso de liberación, son procesos de trabajo.

Si inscribimos nuestra sexualidad en un marco puramente biológico, sepamos que la idea es contribuir a la supervivencia de la especie humana por vías de la reproducción pero no creamos que es a través de nuestros hijos que vamos a crecer como personas. La realización de la femineidad no se concreta en la tematización de la identidad femenina. No vamos a completar nuestro crecimiento como mujeres porque hablemos, leamos o escuchemos sobre el tema "identidad femenina".

Pero creo que sí creceremos como mujeres, si entendemos que la célula inicial de la creación de nuestra identidad como mujeres es el conflicto. Si comprendemos la opresión cultural que padece nuestra propia imagen. Si luchamos por liberarnos de todos los prejuicios posibles, a través de una tarea creadora de nosotras mismas. Y una de esas tareas es a través de los hijos.

La mujer histórica y culturalmente actúa como soporte y como mediación. Sostiene, apoya, crea y mantiene una infraestructura que permite que los otros puedan ser. Creo que el planteo en relación con el tema de la creatividad en la mujer no puede estar o quedar dissociada de los convencionalismos que padece. Ninguna de nosotras mujeres, puede llevar adelante una tarea creadora, si lo hacemos a espaldas del replanteo de los prejuicios que pesan sobre nuestra identidad como seres libres.

La mujer estuvo llamada a incitar al hombre a incursionar en la historia y escucha su propia vocación de no quedar atrapada en el espejo narcisístico del Edén. Transgrede mandos, rompe normas establecidas, despega.

Estoy intentando delinear algunos de los elementos que interfieren y nutren el proceso de creación de la identidad femenina. Me refiero a prejuicios culturales que la mujer no solamente padece (de afuera hacia adentro) sino que encarna, en la medida en que se vive así misma como nacida para ser segunda.

A partir de allí es importante remitirse críticamente a las concepciones religiosas que tienden a concebir la identidad femenina como un elemento del cual la mujer debe desprenderse e ignorar.

La mujer lucha contra todo aquello que se le ha inculcado como modelo estereotipado de femeneidad. El hombre lucha contra otros modelos también estereotipados. La especificidad de la lucha por la creación de sí misma de la mujer, es la calidad de su lucha contra los prejuicios en la conformación de su identidad.

Aquel hombre que subestima la identidad femenina queda ajeno a la comprensión de su propia identidad. La lucha contra la opresión involucra tanto a la mujer como al hombre.

La humanidad es la que se va a liberar, o nadie